HUMAN REVIEW | 2022 | ISSN 2695-9623
International Humanities Review / Revista Internacional de Humanidades
https://doi.org/10.37467/revhuman.v11.4216
© GKA Ediciones, authors. Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada

LA HISTORIA QUE SE PREFIERE CONTAR

Adaptación de la figura del Cid en un texto didáctico-moral del siglo XV

The preferred story to be told:
Adaptation of the figure of the Cid in a didactic-moral text of the 15th century.

LAURA LECINA NOGUÉS
Universidad de Zaragoza, España

KEYWORDS

Cid
Valerio de las historias escolásticas y de España
Exemplum
Model
Adaptation

ABSTRACT

Historical and biblical figures have often been used as a didactic and moral resource, becoming models for a significant part of society. In this process of transformation, an important ideological component, which selects which aspects of the life of these characters can or cannot be told and how this should be done, appears. This study aims to analyse how these reference figures are adapted in the didactic-moral texts of the 15th century, taking as an example the change that the figure of the Cid undergoes in Diego Rodríguez de Almela's book Valerio de las historias escolásticas y de España.

PALABRAS CLAVE

Cid
Valerio de las historias escolásticas y de España
Exemplum
Modelo
Adaptación

RESUMEN

Las figuras históricas y bíblicas a menudo se han utilizado como recurso didáctico y moral, convirtiéndose en modelos para una parte destacada de la sociedad. En este proceso de transformación aparece un importante componente ideológico que selecciona qué aspectos de la vida de estos personajes pueden o no contarse y cómo debe hacerse. Este estudio pretende analizar cómo estas figuras de referencia se adaptan en los textos de carácter didáctico-moral del siglo xv tomando como ejemplo el cambio que experimenta la figura del Cid en el libro de Diego Rodríguez de Almela Valerio de las historias escolásticas y de España.

Recibido: 12/ 06 / 2022
Aceptado: 29/ 08 / 2022

1. Introducción

El presente estudio pretende analizar las transformaciones que experimentan los personajes y eventos históricos en los textos didáctico-morales del siglo xv. Desde siglos atrás los acontecimientos históricos se han modificado con la intención de que respondan a unas necesidades concretas. Los considerados «héroes» se han interpretado y reinterpretado desde distintos puntos de vista, tomando de sus vidas y actos aquello que se ha considerado ejemplar con el fin de construir determinados modelos de comportamiento. Si bien, al mismo tiempo, se han desechado o modificado otros acontecimientos llevados a cabo por esos mismos «héroes» al no considerarse afines a los objetivos del autor, una costumbre que sigue practicándose en la actualidad.

Desde la antigüedad clásica, donde encontramos obras como los *Facta et dicta memorabilia* de Valerio Máximo, se ha tratado de instruir a las altas clases sociales, aquellas de las que posteriormente saldrían los príncipes y gobernantes, a través de la historia y la literatura. A partir de la selección de acontecimientos y un gran conocimiento de oratoria, los autores de estas obras de carácter didáctico-moral han transmitido unos valores acordes a su momento histórico. Es importante tener en cuenta que las transformaciones que se introducen en este tipo de obras responden en gran medida al contexto sociopolítico en el que son escritas, pues también lo que se considera virtuoso cambia con el paso del tiempo.

Con el objetivo de estudiar estas transformaciones, en este trabajo se ha elegido el tratamiento que se hace de la figura de Rodrigo Díaz de Vivar, más conocido como el Cid Campeador, en una obra que, si bien ha sido poco estudiada hasta el momento, gozó de una gran popularidad en su época; el *Valerio de las historias escolásticas y de España*, un texto de contenido didáctico-moral terminado por Diego Rodríguez de Almela (1426-1489) en 1462. Esta compilación tiene mucho que ver con la antes mencionada de Valerio Máximo, pues trata de ser en sí misma una continuación de esta obra maestra de la antigüedad que era bien conocida en la Edad Media. La gran diferencia entre ambas obras es que Almela selecciona episodios más o menos recientes de la historia de España, así como también algunos episodios religiosos, acercando así estos modelos a sus lectores españoles.

Son muchos y muy abundantes los personajes seleccionados por el autor del *Valerio* como modelos de comportamiento, sin embargo, el Cid me ha parecido de especial consideración al ser abundantes a lo largo de los nueve libros en los que se estructura la obra los ejemplos cidianos. Almela nos da una visión muy concreta sobre este héroe castellano, que bien podría estar más cerca del Cid épico que del verdadero Cid histórico. Almela aquí, igual que hacen muchos poetas épicos del momento, lleva a cabo su propia selección e interpretación de la vida de Rodrigo Díaz de Vivar.

A lo largo de este trabajo se pretende dar a conocer la obra de Almela, *Valerio de las historias escolásticas y de España*, obra que, como se ha mencionado previamente, carece de estudios recientes. Se ha considerado por parte de algunos críticos la obra menos original del autor, pero su pervivencia muestra el éxito que sí tuvo entre los lectores del siglo xvi, por lo que se ha considerado relevante su estudio. Por lo tanto, se hablará tanto de la obra como del género en el que se integra antes de profundizar en los ejemplos cidianos que en ella aparecen, a partir de los que se pretende mostrar cómo los textos de carácter didáctico-moral modifican a su parecer los eventos y las características de los personajes a los que convierten en «héroes» con el fin de responder ante unas necesidades particulares, conectadas directamente con el contexto sociopolítico en el que se encuentran.

2. Objetivos y Metodología

2.1. Objetivos

En la actualidad observamos cómo los acontecimientos que nos rodean son modificados frecuentemente para adaptarse a las necesidades de su orador. De un mismo acontecimiento encontramos muchas y muy diferentes versiones, con objetivos totalmente diversos. En nuestro día a día es relativamente fácil cotejar la información y decantarnos por nuestra propia versión de lo sucedido, pero no es tan sencillo cuando estas transformaciones tuvieron lugar siglos atrás, pues es más complicado localizar las fuentes verídicas, en el caso de que se conserven.

La transformación de los acontecimientos históricos con la finalidad de adaptarlos a una línea de pensamiento lleva ocurriendo desde mucho tiempo atrás. Lo encontramos ya en la antigüedad clásica con Valerio Máximo, quien a partir de su obra *Facta et dicta memorabilia* trataba de utilizar los acontecimientos sucedidos como modelos de comportamiento. Una obra muy semejante a esta, pues la toma como base, es el *Valerio de las historias escolásticas y de España*, de Diego Rodríguez de Almela. Esta obra que acabó de escribirse antes de finalizar 1462 lleva a cabo una labor muy semejante a la de la obra de Valerio Máximo, incluso la estructura es prácticamente la misma. La gran diferencia es que esta obra de Almela utiliza acontecimientos de la historia de España y episodios de la Biblia como fuentes sobre las que crear sus ejemplos, sus enseñanzas. Son muchos los eventos y personajes que en ellos aparecen y que se convierten en modelos de comportamiento, sobre todo para las clases más elevadas de la sociedad, para las que estaban dedicadas este tipo de obras.

En este estudio se pretende mostrar cómo una figura histórica bien conocida por la sociedad de su época y de épocas muy posteriores, hasta llegar a nuestros días, se modifica para convertirse en modelo de comportamiento,

en representante de las virtudes de las diferentes épocas y, en sí mismo, en un héroe que merece la pena imitar. Puesto que son tantas las figuras históricas y bíblicas que encontramos en el *Valerio*, nos centraremos en un solo personaje que aparece en numerosos ejemplos de la obra: Rodrigo Díaz de Vivar.

Por lo tanto, el presente estudio tiene por objetivo principal analizar cómo la figura del Cid se ha transformado a lo largo de la historia en los textos de carácter didáctico-moral con el objetivo de adaptarse a los modelos de comportamiento de la época.

2.2. Metodología

Para llevar a cabo este trabajo se han estudiado las diferencias sustanciales que existen entre el Cid histórico y el Cid épico, con el objetivo de comprobar qué episodios de la vida real del personaje sirven a los autores de los denominados "espejos de príncipes" como modelos de comportamiento y cuáles prefieren obviarse al no considerarse virtudes morales para ser imitadas por los jóvenes futuros gobernantes y príncipes.

La metodología filológica empleada en la realización de este trabajo se combinará con la historia, la sociología y la estética de la recepción, que nos ayudarán a entender cómo estos viejos héroes castellanos como Rodrigo Díaz de Vivar alimentan el mundo cultural del siglo XV y prosiguen su andadura gracias a la imprenta. Desde el punto de vista ideológico resulta evidente cómo la corona se sirve de estos paradigmas heroicos para alimentar los últimos años de la Reconquista.

3. Un género en auge: El *exemplum* histórico

El *exemplum* histórico podría definirse como una especie de cuento o fábula que inserta en sí mismo una función moralizante o doctrinal. Retomo aquí algunos planteamientos de Bizzarri (2019) que me llevan a hablar de las características que hacen particular al *exemplum* histórico frente a otro tipo de narraciones breves también muy frecuentes en la Edad Media.

Quizá la característica más destacada del *exemplum* es que parte de una crónica, independientemente del tipo que esta sea. Este aspecto ha sido utilizado para clasificar los *exempla* por parte de autores como Welter, sin embargo, en los últimos tiempos han ido surgiendo otras clasificaciones diferentes a la canónica. Por su parte, Peter von Moos (1988) niega la existencia de categorías, pues considera que el *exemplum* no es un género en sí mismo, sino que, en realidad, se trata de una función retórica. Desde esta perspectiva los *exempla* son fragmentos de diferentes géneros utilizados de manera retórica. Esta visión de Peter von Moos ha sido considerada acertada atendiendo a la organización llevada a cabo por parte de los compiladores de *exempla,* pues jamás agrupan sus relatos respondiendo a una tipología, sino que la ordenación de los *exempla* responde más bien a criterios temáticos, cronológicos o incluso alfabéticos, pero nunca en respuesta a una tipología concreta. Si bien es cierto que algunos estudiosos apuntan que, aunque los compiladores no mostraran de manera explícita el tipo de *exemplum*, sí eran capaces de percibir las distintas categorías de *exempla*.

El uso del *exemplum* se extiende durante el siglo XIII entre oradores, místicos, moralistas y predicadores con la finalidad de adornar sus composiciones (Ronaldo Carrasco, 2006). Pero lo cierto es que el uso del *exemplum* se encuentra ya en la época clásica. Será el propio Aristóteles quien distinga entre dos tipos de ejemplos: uno que narra los hechos del pasado (*exemplum)* y otro que se centra en hechos ficticios (fábula). Para Aristóteles la finalidad del *exemplum* es principalmente la continuidad de la naturaleza humana, partiendo de la idea de que un acontecimiento del pasado podría aplicarse en el presente. Algo similar encontramos en el pensamiento ciceroniano, que fue aplicado también en la Edad Media, y que parte de la concepción de la historia como una enseñanza para la vida; la historia es un reflejo de la verdad y un modelo para la vida, un testimonio de los tiempos pasados desde el punto de vista de Cicerón.

Sin embargo, una de las aportaciones más destacadas es la que introduce Quintiliano en su *Institutione Oratorae*, donde distingue entre dos conceptos fundamentales: historia y *exemplum.* Para Quintiliano el *exemplum* es un relato de acontecimientos históricos. Esta diferenciación será retomada por autores posteriores, como es el caso de Engelbert d' Amont (*Speculum virtutum*) quien habla de las diferentes funciones del *exemplum* y la historia. Desde su punto de vista la historia tiene una finalidad únicamente testimonial mientras que en el *exemplum* la historia adquiere un valor moral. De este modo podríamos considerar que, desde esta perspectiva, el *exemplum* viene a ser la utilización didáctica de la historia. Por lo tanto, el *exemplum* histórico no puede ser homogéneo, pues estará directamente relacionado con el tipo de acontecimientos sobre los que se basa.

De este modo, y dependiendo del uso que se hace de la historia o de la aproximación a la misma, podemos distinguir entre: Los basados en hechos históricos, los insertados en un relato histórico como relato ejemplar, los que se basan en relatos legendarios y los *exempla* evocados[1]. Estos últimos se refieren a aquellos en los que en la narración solo aparece esbozado el *exemplum*, es decir, solamente se menciona un nombre que evoca en sí mismo a un determinado episodio histórico. A partir de esta distinción podemos llegar a la conclusión de que el

1 Por relato legendario se entiende aquel en el que los acontecimientos históricos se han deformado o fusionado con elementos ficticios a partir de su difusión. En el periodo medieval, a pesar de estas modificaciones, estos relatos se consideraron verídicos y fueron habitualmente incorporados a crónicas para completar la información extraída de otras fuentes.

exemplum histórico es en realidad una aproximación a un episodio histórico que posee un valor moral y didáctico en el fondo, pues su finalidad es presentar dicho episodio verídico como un modelo a imitar.

Es imprescindible, por lo tanto, el uso de la retórica con el objetivo de explotar los aspectos más humanos de esos acontecimientos históricos. El *exemplum* histórico encontró su lugar en el relato cronístico, si bien durante la Edad Media tuvo una muy amplia difusión en los conocidos como "espejos de príncipes", que pueden definirse como obras pertenecientes al género sapiencial dirigidas a personas de la alta sociedad, como príncipes y gobernantes. Estas vieron en el *exemplum* histórico un recurso modélico y persuasivo muy eficaz. Es por ello por lo que no solamente encontramos *exempla* referidos a episodios históricos, sino que, como ocurre en el *Valerio de las historias escolásticas y de España*, en ocasiones también se utilizaron episodios bíblicos con el objetivo de apoyar el discurso y mostrar un modelo de conducta.

4. *Valerio de las historias* y Diego Rodríguez de Almela

El *Valerio de las historias escolásticas y de España* es una compilación de ejemplos escrita por el murciano Diego Rodríguez de Almela en 1462, a petición de su maestro Alfonso de Cartagena quien le animó a llevar a cabo la elaboración de esta obra en latín siguiendo el ejemplo de Valerio Máximo y sus *Facta et dicta memorabilia*. Si bien Almela llevó a cabo el consejo de su maestro y trasladó la estructura del Valerio Máximo a España, decidió componer la obra en lengua vulgar.

4.1. Diego Rodríguez de Almela

Diego Rodríguez Almela (1426-1489) fue un historiador y prosista del Prerrenacimiento. Su vida y su obra se mueven en la baja Edad Media, es decir, en el siglo xv, el último del periodo medieval en la historia occidental. En términos generales y relacionados con su labor de escritor, cabe destacar que este es el periodo de la difusión del texto y de la invención de la imprenta moderna por parte de Gutenberg (1440), hechos que dieron lugar al Renacimiento.

En cuanto a la situación política y social española, es un momento en el que el proceso de la Reconquista sigue en pie, pues acabará a finales del siglo xv con la caída del Emirato de Granada. Fue de vital importancia para el desarrollo social, cultural e histórico el reinado de Isabel la Católica, reina con la que el propio Almela acabará teniendo una relación de cercanía al ser nombrado cronista real y capellán de la propia monarca. La sociedad medieval estaba profundamente jerarquizada. Era frecuente la división entre «oradores, defensores y labradores» y el rey (Lacarra, 1983). Los oradores y defensores, después de la figura real, eran los más destacados y relevantes de la sociedad y a los que se dedicaba una mayor atención también desde la propia literatura, donde habitualmente se llevaba a cabo la composición de obras de carácter moral que sirvieran de guía de conducta a príncipes y gobernantes como sucede en el *Valerio de las estorias escolásticas e de España* de Rodríguez de Almela.

Sobre Diego Rodríguez de Almela no se cuenta con abundante información. Nace en Murcia en 1426. Llegó a ser arcipreste, canónigo, capellán real y cronista real. Comenzó en Burgos su formación de la mano de Alfonso García de Santa María, junto a quien aprendió Gramática, Teología, Filosofía, Leyes, Historia de España e Historia Sagrada. Gracias a él conocerá también la Corte de los Reyes Católicos y un abundante número de obras clásicas sobre las que luego versarán sus propias composiciones. La relación que se establecía entre Alfonso de Cartagena y sus discípulos no era solo la de maestro, sino también la de «consejero y amigo del grupo» (Di Camillo, 2016).

Cuando finaliza su formación comienza su actividad eclesiástica como arcipreste de Río de Urbel (1455) y como racionero de la Catedral de Burgos. Años más tarde, en 1462, es nombrado arcipreste de Santibáñez. Será en este lugar y tiempo cuando, siguiendo la petición de su maestro, elabora su *Valerio de las historias escolásticas y de España*, obra que se ha considerado la menos original del autor puesto que recoge el material recopilado por Alfonso de Cartagena, nombre con el que su maestro fue más conocido. Si bien, aunque son escasos los estudios en la actualidad de la obra, este tratado moral tuvo una gran repercusión y fama en su momento de aparición.

El cargo más importante de Almela, el de cronista real, lo alcanza en 1488, siendo nombrado por la propia reina Isabel la Católica. Sobre su muerte hay dudas, pues algunos estudiosos consideran que acompañó a la reina Isabel en la campaña de Granada de 1492, si bien suele considerarse que Almela murió antes de 1489.

Por lo que respecta a las obras más destacadas del autor, además del *Valerio* encontramos la *Compilación de las batallas campales* (Murcia: Lope de Roca, 1487), su *Compendio historial* (1462), el *Tratado de la guerra* (1482) o su *Compilación de las crónicas e estorias de España*, que concluyó en 1491 y que permanece inédita.

4.2. Valerio de las historias escolásticas y España

El *Valerio* fue escrito por Almela siguiendo el encargo de su maestro Alfonso de Cartagena según él mismo lo había proyectado. La única modificación que introduce es que, en lugar de escribirlo en latín tal y como se había programado, utilizará la lengua vulgar para su composición. La obra en sí misma es un tratado histórico-moral destinado a la juventud de las altas clases sociales, pues a través de ejemplos extraídos de asuntos religiosos y de eventos históricos se plantean modelos de comportamiento que deben seguirse para ser virtuoso. Almela terminaría de escribirla en 1462, si bien no será hasta marzo de 1488 cuando la presente al Consejo de la ciudad

de Murcia junto a sus *Batallas Campales* para que quedaran en su archivo. Posteriormente, será imprimida en Murcia por Lope de Roca en 1487.

La obra copia la estructura de la obra de Valerio Máximo *Facta et dicta memorabilia* y se divide en nueve libros que están a su vez formados por títulos que, a su vez, se dividen en capítulos (Anexo I). Cada libro desarrolla un tema moral y plantea ejemplos tanto bíblicos como históricos para su exposición. Los primeros capítulos de cada título son los referidos a episodios religiosos, si bien estos son los menos, pues los más abundantes son los episodios históricos donde se encuentran personajes como el Cid, Fernán González o los infantes de Lara entre otros muchos.

La relación de la obra de Almela con el clásico *Facta et dicta memorabilia* se ve explícitamente a partir del título, pues esta obra se había conocido comúnmente como el *Valerio Máximo*. Así pues, con la selección de este título, Rodríguez de Almela deja entrever ya que una de sus fuentes fundamentales va a ser el texto de Valerio Máximo, hecho que deja explícito en el prólogo de su *Valerio* cuando apunta que su intención, tal y como Cartagena quería, era hacer una continuación de los *Dicta et facta memorabilia*, pero atendiendo a los acontecimientos históricos españoles. Podemos pensar, por tanto, que la inclusión de "Valerio" en el título por parte de Almela responde a su intención de llamar la atención y conseguir tempranamente un público para su obra. Pues los *Facta et dicta* se habían consolidado, gracias a sus abundantes traducciones, como la obra fundamental del *exemplum* histórico; era conocida por los nobles letrados de la época, en ninguna de sus bibliotecas faltaba un ejemplar, bien en latín o bien en lengua vernácula, lo que llevó a Almela a aprovechar su fama para llamar la atención sobre su obra.

Por lo que respecta a la pervivencia de la obra, conservamos tres manuscritos (Milán, Madrid y Salamanca) y dieciséis impresos, quince de ellos anteriores a 1600, desde el incunable de Murcia, 1487. A partir de estos datos puede establecerse la siguiente relación:

> 1) Murcia: Lope de la Roca, 1487, 6 de diciembre; 2) Medina del Campo: Nicolás Gazini de Piemonte, 1511, 10 de abril [a costa de Josquín Lecaron]; 3) Toledo: Juan de Villaquirán, 1520, 26 de marzo; 4) Sevilla: Jacobo Cromberger, 1527, 5 de marzo; 5) Sevilla: Juan Cromberger, 1536, 4 de enero; 6) Toledo: Juan de Ayala, 1541, 10 de enero; 7) Sevilla: Dominico de Robertis, 1542, 5 de diciembre; 8) Sevilla: s.i., 1546; 9) Sevilla: Gregorio de la Torre, 1551; 10) Medina del Campo: s.i., 1564; 11) Madrid: Alonso Gómez y Pedro Cosin, 1568; 12) Medina del Campo: Francisco del Canto, 1574 [a costa de Gerónimo de Millis]; 13) Salamanca: Pedro Lasso Vaca, 1587 [a costa de Claudio Curlet]; 14) Salamanca: Pedro Lasso Vaca, 1587 [a costa de Benito Boyer]; 15) Salamanca: Pedro Lasso Vaca, 1587 [a costa de Pedro Landry y Ambrosio Duport].

Tras una larga pausa, la obra volvió a imprimirse a finales del siglo XVIII, Madrid: Blas Román, 1793. Además, contamos con una edición facsímil de 1994 editada por Juan Torres Fontes.

Vemos por tanto que fue amplia la difusión de la obra a lo largo de los años, contó con numerosos ejemplares, de los que hoy se conservan bastantes junto a noticias de su existencia en bibliotecas nobiliarias, lo que demuestra que fue abundantemente leída. Sin embargo, esta obra de Almela no ha parecido suscitar el interés de los críticos, quienes se han centrado más en el tratamiento que Almela ha elaborado en otras de sus obras sobre la temática jacobea.

4.3. Fuentes

A la hora de hablar de las transformaciones que sufren los personajes históricos en los textos de carácter didáctico-moral, como es el caso del *Valerio* de Almela, es importante atender a las fuentes utilizadas por los autores de estos tratados morales para la composición de sus enseñanzas.

Se ha mencionado previamente como los *Facta et dicta memorabilia* de Valerio Máximo pueden considerarse una fuente principal, sobre todo en lo que a estructura se refiere, relación que aparece marcada en el propio título elegido por Almela. Si atendemos a las fuentes relacionadas ya con el contenido de la obra, es importante en un primer momento tener en cuenta los propios escritos anteriores de Almela, pues en muchas ocasiones retoma ideas de sus escritos previos o incluso fragmentos completos.

Por lo que respecta a los ejemplos de contenido religioso, podrían establecerse como principales fuentes la Biblia y el *Libro de las estorias escolásticas* de Pedro Comestor, teólogo destacado del siglo XII. Así, encontramos episodios tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. En lo referido a los episodios centrados en la historia de España, lo más probable es que las fuentes empleadas por Almela fueran las crónicas de Alfonso X, la *Crónica de 1344* o la *Crónica de Castilla* entre otras. En este sentido es importante tener en cuenta que en la propia composición de crónicas históricas de la época no solamente se utilizaban documentos oficialmente históricos, sino que, en ocasiones, como sucede con lo referido a Díaz de Vivar, también se introducían elementos épicos derivados de cantares, lo que ya nos muestra esa fusión de ficción y realidad en las fuentes de Almela.[2]

Lo cierto es que las referencias dadas por Rodríguez de Almela sobre sus fuentes son muy ambiguas, sin embargo, esto era muy frecuente en la época. Lo que parece claro es que Almela pudo tener acceso a toda esta

2 Un ejemplo de ello es la *Primera Crónica General* de Alfonso X, que, si bien muestra un avance de la historiografía, tiene como principales fuentes no solo textos puramente históricos como la *Historia Roderici,* cronicones o textos del historiador musulmán Ben Alcama sino también poemas como el *Cantar de Zamora* o una refundición del *Cantar de Mio Cid* o una leyenda escrita en Cardeña.

documentación de la mano de su maestro Alfonso de Cartagena, quien contaba con una amplísima biblioteca. Por destacar una de sus fuentes, hablaré aquí sobre la *Crónica de Castilla*, a partir de la cual Almela elabora la imagen de algunos personajes conocidos a partir de los datos que extrae de este texto, como es el caso del Cid, personaje que nos ocupa en este estudio. Las gestas del héroe castellano se difundieron principalmente a través de tres obras: la hipotética **Gesta de las Mocedades de Rodrigo*, las *Mocedades de Rodrigo* y los episodios que se cuentan en la *Crónica de Castilla* que fue concluida hacia 1312. Sin embargo, es relevante apuntar las diferencias que muestran los tres textos.

En la *Crónica de Castilla* se presenta a un Cid mucho más moderado que el que aparece por ejemplo en las *Mocedades,* donde encontramos, en palabras de López Martínez-Morás (2018), a un héroe que destaca por su carácter «exacerbado, individualista y marcadamente arisco». Este mismo autor apunta que estas diferencias entre uno y otro héroe han generado cierta polémica sobre el grado de fidelidad de cada uno de los textos con respecto a la **Gesta* perdida. Si bien, muchos críticos consideran que pesar de las diferencias que muestran ambos textos con respecto al tratamiento de algunos episodios, los contenidos en el cantar estarían íntimamente relacionados con los que aparecerían en la **Gesta* y por tanto los episodios de la *Crónica de Castilla* serían el resultado de la cohesión narrativa.

Lo que parece un hecho es que el autor de la Crónica de Castilla elaboró una serie de modificaciones de los acontecimientos narrados como consecuencia del intento de adaptación del material contenido por la **Gesta* para conciliar las lides cidianas con los principales acontecimientos históricos que la *Crónica* quería recoger, añadiendo por lo tanto una serie de variaciones en lo relativo, sobre todo, a su organización. La verdad es que en numerosas ocasiones las crónicas son en realidad testimonios indirectos del *Poema de Mio Cid,* cuya verdadera composición es un asunto controvertido. Podemos ver cómo el *Poema de Mio Cid* se prosificó en una de las versiones de la *Estoria de España* de Alfonso X, si bien esto habría ocurrido en la *Versión primitiva* de la que no se ha conservado ningún manuscrito de la original.

Sin embargo, es fundamental tener en cuenta que se parte de textos de carácter historiográfico, que han sido a lo largo de la historia adaptados a los intereses de los propios historiadores; es decir, los que se han considerado a lo largo de la historia «refundiciones» son en realidad reelaboraciones de los cronistas. Ya lo apuntaba Menéndez Pidal en su obra *La España del Cid*:

> Las crónicas del siglo XI se hacían ya insoportables por su aridez [...]. No es por tanto de extrañar que los cronistas de los siglos siguientes se dejasen convencer por el encanto de los relatos épicos y se sintiesen arrastrados a poner en sus latines algo de lo que en llano romance habían sabido contar muy bien los juglares, algo de lo que el pueblo estaba acostumbrado a oír y sin lo cual ya apenas se concebían los sucesos que habían sido asuntos de relatos épicos. (Menéndez Pidal, 1967, p. 7)

Esta fusión de lo épico y lo histórico es fundamental para explicar las modificaciones que experimentan los personajes históricos, sobre todo, en los textos de carácter didáctico-moral. Pues, aunque se parta de un acontecimiento verídico bien conocido por todos, hay que tener en cuenta si, además de fuentes históricas, se han empleado también otras fuentes, ya que esa realidad puede haberse transformado para adaptarse a unos objetivos concretos por parte del autor. «Los cantares de gesta y, en general, los poemas épicos reflejan más o menos deformado, un acontecimiento histórico» (Alvar, 2002).

5. Los ejemplos cidianos en el *Valerio* de Rodríguez de Almela

El *Valerio* de Almela, como ha sido mencionado, se divide en nueve libros, los cuales se dividen a su vez en títulos y en capítulos. Podría hacerse, por lo tanto, la siguiente organización de la obra, tomando como referencia la organización que aparece en el prólogo de los *Facta et dicta memorabilia* (Valerio Máximo, 2014)*:* (a) la obra en su totalidad; (b) el libro; (c) el capítulo y (d) la sección o exemplum. A su vez, en cada exemplum pueden distinguirse también diferentes partes: (A) exordio / presentación; (B) narración histórica y (C) reflexión conclusiva.

Así pues, la estructura de cada *exemplum* es cerrada y compleja. La intención de Almela en la escritura de estos *exempla* va más allá de relatar una historia con una finalidad didáctica; Almela quiere partir de ejemplos reales, tanto de los textos bíblicos como de los historiográficos, con el fin de que su lección ejemplar sea mucho más rigurosa. La estructura de cada *exemplum* parte de una presentación o exordio, seguida de la narración histórica y, finalmente, una reflexión conclusiva. En lo que respecta a la narración, puede destacarse que en ocasiones se recurre al uso del estilo indirecto con el fin de crear una mayor dramatización y acercarse al lector.

Como el título del trabajo presenta, de todos los *exempla* dedicados a personajes destacados de la sociedad elegidos por Almela como modelos de comportamiento, nos centraremos ahora en Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador. En este sentido, lo primero que debe tenerse en cuenta es que el Cid de Almela no es el Cid del *Cantar*, sino que más bien se encuentra más próximo al Cid de las crónicas historiográficas del momento, a las que se ha hecho mención al hablar de las fuentes empleadas por el autor. Sin embargo, no debe perderse de vista que las propias crónicas historiográficas tenían mucho de épicas, por lo que en muchas de ellas la figura del Cid ya va a aparecer transformada.

> Las fuentes históricas y las invenciones literarias confluirán en las crónicas alfonsíes en los muchos capítulos consagrados a la vida y gestas del Cid Campeador, mucho más numerosos que los dedicados a ninguno de los reyes de cualquiera de los diversos reinos cristianos. (Martínez Díez, 1999, 24)

Si se presta atención a la distribución de los ejemplos cidianos en el *Valerio* vemos que en cada uno de los libros aparece, como mínimo, un *exemplum* sobre el Campeador. Debido a las numerosas hazañas del Cid y a su consideración de héroe nacional, el Campeador tiene cabida en todos los libros de la obra, salvo en el último dedicado a los vicios. En el Libro Primero, que es el dedicado al contenido religioso, aparece el Cid en el Título IV, Capítulo XII puesto que, tal y como cuenta la tradición, al Cid se le aparece en Valencia San Pedro para avisarle de su temprana muerte y de cómo sus hombres lo llevarían tras su muerte a la batalla contra el rey Búcar.

En el Libro Segundo, cuya carga temática gira en torno al mundo militar, la figura del Cid aparece en tres ocasiones. La primera en el Título II, Capítulo X, donde cuenta el episodio en el que el Cid, siendo todavía mancebo, sale a luchar contra los cinco reyes moros y sus mozos, que entraron en Carrión y se llevaron muchos cautivos y ganados. En este capítulo se cuenta cómo el Cid los vence y termina por apresar a cinco reyes para finalmente devolver a la población lo que estos habían robado. Por último, una vez reconocida su bondad, libera a los reyes. De este modo, en relación con la temática militar, se apremia aquí en la disciplina y corrección militar.

El segundo episodio en el que aparece el Cid en este Libro Segundo tiene lugar en el Título III, Capítulo VII, donde se narran algunos grandes hechos de caballería cidianos como es el caso de los enfrentamientos con los reyes moros, pero también con importantes nobles de España y Portugal guardando fidelidad al rey y, sobre todo, como muestra del triunfo y la victoria del Cid se realza la toma de Valencia, el cerco sufrido por esta misma ciudad y de nuevo la victoria del héroe recuperando Valencia. Este capítulo concluye con la afirmación de que «los fechos del Cid fueron tan magníficos, y de gran victoria, que no se lee de Caballero tanto ni semejante» (Rodríguez de Almela, 1793, 65). Finalmente, la última vez que aparece en este libro la figura del Campeador es en Título V que trata acerca del honor y la majestad. Aquí son tres capítulos los dedicados al Cid, el V, VI y VII. En ellos se cuenta cómo el caballero de Soldán se presenta ante el Cid con muchas riquezas otorgadas por Soldán de Babilonia para ganarse la amistad del héroe y honrar todas sus victorias. El VI narra la deshonra sufrida por el Cid por parte de los Infantes de Carrión y en el VII se retoma el tema de la honra haciendo alusión a la última batalla del Cid quien, incluso tras la muerte, consigue vencer a los moros, recuperar su honra y la ciudad de Valencia.

El Libro Tercero trata sobre la indagación moral y aquí encontramos al Cid en el Título VI, Capítulo VI, en el que se cuenta la batalla que el Cid tuvo contra el conde Remon de Barcelona en Jugomoril. Es bien conocido que, tras vencer, el Cid acaba dejándolos en libertad. El Libro Cuarto recoge tres episodios cidianos, todos ellos acerca de las virtudes. En el Título I, Capítulo IV donde la virtud que se alaba es la de la constancia y esta es ejemplificada con la costosa conquista de Coímbra por parte del rey Fernando I de Castilla, que tuvo este territorio cercado durante siete meses antes de poder hacerse con él. El siguiente episodio aparece en el Título VI, Capítulo IV, donde la virtud tratada es la vergüenza. Para ejemplificarla utiliza la cobardía de Martín Peláez. El Cid la descubre y le prohíbe sentarse con el resto de los soldados, es entonces cuando él, avergonzado de su comportamiento, decide luchar virtuosamente en la siguiente batalla. La última virtud ejemplificada a partir del Cid en este libro es la libertad y la franqueza. Esta aparece en el Título IX, Capítulo IV. El episodio aquí narrado es la liberación del Conde Remon de Barcelona por parte del Cid.

El Libro Quinto continúa haciendo mención de las virtudes, en este caso de la piedad. En este aparecen tres hazañas cidianas en representación de la virtud de este héroe castellano. En el Título I, Capítulo VI se expone la clemencia y humanidad que tuvo el Cid con el rey Pedro de Aragón cuando deja en libertad tanto al rey como a sus hombres quienes le agradecen esa bondad. En el Título II, Capítulo V retoma el episodio del rey Fernando I una vez ya ganada Coímbra. Estando el monarca muy enfermo alaba la fidelidad que siempre el Cid había mostrado ante él y en agradecimiento le entregó un condado en Castilla, territorio que ahora estaba en manos de Sancho. El hermano de Sancho, Alfonso, consigue apresar a Sancho y acabar posteriormente con su vida. El Cid siempre se mantendrá fiel a Sancho, lo que le costará su destierro. El tercer momento en el que aparece la figura cidiana en este libro es en el Título IV, Capítulo IV, para hablar de la piedad y el amor a la patria. El *exemplum* emplea a la figura de Díaz de Vivar como representante de ese amor patrio puesto que, a pesar de ser desterrado por Alfonso VI, siempre fue fiel a su tierra y a su rey.

El Libro Sexto, sobre los comportamientos morales, emplea un episodio cidiano en el Título V, Capítulo IV, para ejemplificar en concreto la justicia. En este *exemplum* se narra lo sucedido con el moro Abemafa que mata al rey de Valencia y apresa a los habitantes de la ciudad. El Cid deja que los habitantes del pueblo apedreen a Abemafa y a sus parientes por haber matado a su rey y haberles robado sus pertenencias.

En el Libro Séptimo la figura del Cid aparece hasta en tres ocasiones en relación con las sutilezas y los engaños que es la temática sobre la que versa este libro. Aparece el Cid en el Título IV, Capítulo V, para poner en virtud las astucias de los caballeros. Para ejemplificar estas astucias de los hombres de armas selecciona el engaño que el Cid hizo a los moros cuando tenía cercado el castillo de Alcocer, próximo a la actual Calatayud. Para ello hizo que todos sus hombres fingieran retirarse por lo que los moros, pensando que el Cid y los suyos se rendían, comenzaron a desarmarse. Ya mencionaba Alvar que el Cid muestra siempre una superioridad intelectual en

todos los terrenos y que sus astucias y engaños no modifican de ninguna manera la apreciación del héroe ni su catadura moral (Alvar, 2002). En el capítulo siguiente de este mismo Título IV aparece otro hecho del Cid donde también ordena fingir una huida para acabar ganando la batalla, en este caso contra el conde Remon de Barcelona y el rey de Zaragoza con el que se había aliado para vengarse del Cid por haberlo derrotado. El último momento en el que aparece la figura del héroe es en el Título VI, Capítulo V, para hacer referencia a hechos que tuvieron lugar por necesidad como es el engaño que el Cid hace a los judíos con las arcas de arena. El Cid se caracteriza por su honradez, sin embargo en esta ocasión miente a dos inocentes por forzosa necesidad.

El Libro Octavo, como se ha mencionado, es el último en el que aparece la figura del Cid. Este trata sobre la justicia y el estudio. El *exemplum* protagonizado por el Cid en este libro se encuentra en el Título II, Capítulo III. En este se utiliza la deshonra de los Infantes de Carrión al Cid y el posterior castigo a estos con objeto de ejemplificar juicios hechos de manera privada.

Estos son los diferentes momentos en los que el Cid se convierte en protagonista del *Valerio* y se muestran sus hazañas como ejemplarizantes, como modelos de comportamiento que deben seguirse para ser virtuoso. El Cid se convierte en todo un héroe al que imitar. Se ve como, efectivamente, los acontecimientos narrados por Almela están muy próximos a ese Cid de las crónicas, Cid que a pesar de presentarse como histórico está «contaminado» por la imagen que los juglares extendían. Lo vemos por ejemplo en cómo se habla de un solo destierro, cuando históricamente fueron tres o en cómo en ningún momento se menciona que el Cid Campeador fue la mano derecha del rey de la taifa de Zaragoza, y de ahí mismo viene su nombre, de Sidi, que en árabe se utilizaba para hacer referencia al señor. Almela, igual que hicieron muchas de las crónicas alfonsíes, selecciona qué parte de la historia contar y desde qué punto de vista. Esto tiene como consecuencia la transformación y adaptación del Cid histórico con unos objetivos didácticos y morales.

6. Transformación y adaptación del Cid histórico

El Cid es una figura histórica, pero también un héroe y un personaje mítico, como consideraba Menéndez Pidal, quien defiende que en el Cid que ha llegado hasta nuestros días confluyen «la figura ideal y mítica» y «el personaje plenamente histórico» (Menéndez Pidal, 1967). El Cid se muestra como héroe tanto en los poemas épicos como en las crónicas alfonsíes y post-alfonsíes. Esto implica que a lo largo del tiempo la figura del héroe castellano se haya ido modificando con el objetivo de ser ejemplar en distintas épocas. «Se notan cambios significativos en la presentación del héroe y de las cualidades que se presentan como heroicas» (G. Pattinson, 2002, p. 23).

Las modificaciones que experimenta el Cid, sin embargo, no se dan solamente en los textos de carácter didáctico-moral, sino que la materia cidiana se ve sometida a profundas alteraciones ya en los tres cantares. Es cierto, por otra parte, que son muchos los autores que realmente consideran que el Cid debió reunir muchos de los rasgos que caracterizan a un héroe, que en opinión de Carlyle es «un ser prodigioso, adornado de virtudes excelsas, por el esfuerzo de su corazón, por la limpieza de sus intenciones, por la bondad alzada hasta límites más que naturales» (Alvar, 2001). Darles a estas virtudes un valor moral y alzar algunas de ellas no fue por lo tanto complicado, pues todo el mundo conocía estas características del Cid.

Sin embargo, es importante tener en cuenta que no solamente se alzan virtudes con una finalidad ejemplarizante, sino que también en ocasiones se omite cierta información verídica de la vida del héroe por no considerarse moralmente ejemplar. Es lo que sucede con el Cid cuando se habla de los destierros. Llega hasta nuestros días a través de diferentes textos un único destierro, cuando realmente el Cid fue desterrado en tres ocasiones. En uno de ellos, el segundo, se puede incluso sospechar que el Cid dejara abandonado a la suerte a su rey, si bien suele interpretarse que fue resultado de un malentendido. El rey Alfonso, necesitado de ayuda militar, contactó con el Campeador para que le prestara ayuda en la plaza de Aledo, así se ganaría de nuevo su confianza. Sin embargo, bien por malentendido bien por mal cálculo temporal, el Cid no apareció a la cita, lo que causó su segundo destierro consecuencia de esa especie de traición a su rey. En el 1901 se reconcilian de nuevo, pero pronto volverá a ser desterrado. Es a partir del tercer destierro cuando el Cid lleva a cabo los prestigiosos acontecimientos que se leen en el cantar.

Otra información relevante que ocupó al Cid gran parte de su vida y que se ha obviado en cualquier texto de carácter didáctico-moral es el amplio periodo de tiempo en el que Rodrigo Díaz de Vivar sirvió al rey de la taifa de Zaragoza, lo que le llevó en muchas ocasiones a tener que enfrentarse a príncipes cristianos. Este es un aspecto que ha generado polémica, pues algunos críticos han llegado a referirse al Cid como un simple mercenario, imagen que está muy alejada del héroe que se nos presenta en los textos didáctico-morales del siglo XV y posteriores. Lo cierto es que, siguiendo la idea de Alvar (2001), el verdadero héroe no lo es tanto por sus gestas, sino por las emociones que comunica, aunque no sepamos alcanzarlas. Esta idea es fundamental para distinguir entre el concepto de mito y el de héroe, pues mientras que el mito es lejano, el héroe se muestra alcanzable, por más que sea siempre un paradigma de ejemplaridad. El héroe de las gestas es un hombre de carne y hueso. El Cid es un personaje sin origen milagroso, sin infancia precoz y sin interrupciones prodigiosas (Alvar, 2001).

Sin embargo, lo que sucede con el Cid es que este héroe experimenta una especie de mitificación, a la que alude Alberto Montaner (2001). Este autor considera que el mito literario lo es porque la figura que lo encarna se

convierte en un arquetipo en un ejemplo de determinadas actitudes o cualidades, y esto es precisamente lo que encontramos en el Cid del *Valerio* de Almela, una figura que representa en sí misma unas virtudes morales que deben ser imitadas, representa una enseñanza constante en sí mismo. El Cid no solamente destaca por sus hazañas, sino que también posee algunos aspectos de su vida y de su personalidad que son capaces de impresionar al público. Alberto Montaner (2001) explica el caso del Cid y considera que ya su consagración poética en el *Cantar de mio Cid* constituye su fijación como modelo heroico. Para Montaner este es un modelo matizado y en absoluto monolítico, y apunta que su utilización como mito, tanto al ofrecer un determinado paradigma de conducta como al dotar a la historia de una validez intemporal capaz de explicar el presente y, por tanto, de justificar las señas de identidad de la sociedad y de sus individuos.

Por lo tanto, esta figura ha tenido que ligarse a sociedades muy dispares, por lo que también las virtudes destacadas en cada época han cambiado. En los primeros años, en ese proceso de Reconquista, lo que se destacaba del Cid era su ferocidad, su técnica militar, su fuerza y su valentía. Encontramos a un Cid aventurero capaz de combatir y vencer a cualquier ejército por numeroso que fuera. Sin embargo, en los textos de corte moral como es el *Valerio de las historias*, no solamente la valentía y el atrevimiento se consideran virtudes de un buen caballero, sino que se hace especial hincapié en el ingenio y la astucia, en cómo es posible vencer grandes batallas sin recurrir a la fuerza, sino recurriendo a la inteligencia. Encontramos por ejemplo en el Capítulo v del Título iv del Libro vii del *Valerio* la siguiente afirmación «Este Cid peleó y venció, pero primeramente ussó de astucia y discreción […]».

No quiere decir esto, sin embargo, que Diego Rodríguez de Almela modificara la historia, si bien sí que hacía un uso interesado de la figura del Campeador. Los eventos que él narra los extrae de crónicas historiográficas, pero ya se ha mencionado previamente como estas también se impregnaron de aspectos épicos, algo alejados en ocasiones de la realidad. La primera ocasión en la que esto aparece, según Menéndez Pidal (1967), es en la *Crónica Najarense* de 1160, donde por primera vez se incorporan los hechos del Cid en la historia general de la nación. Y ya aquí, al narrarlos, se introducen algunos pormenores de origen poético. Posteriormente encontramos avances historiográficos que se ya se han citado en la *Primera Crónica General*, cuyas fuentes son también empleadas en otras crónicas como la *Crónica de 1344* o la *Crónica particular del Cid*. Lo que destaca en estas crónicas, apunta Menéndez Pidal es que:

> Durante este tiempo no se utilizo ningún dato histórico nuevo y, en cambio, se añadieron muchos elementos legendarios, sobre todo relativos a la mocedad del héroe, los cuales, sobreponiéndose y expulsando a los datos históricos, vinieron a dejar convertida la vida del Cid en un relato fabuloso. (Menéndez Pidal, 1967, p.10)

Desde la muerte del Cid en julio de 1099, juglares, trovadores y cronistas dieron forma a una leyenda mutante. De esta manera, apunta Porrinas (2019), «cada siglo contó con su propio Cid Campeador, cada época alumbró a un nuevo héroe, reflejo de las inquietudes y visiones de cada momento». Así, lo que encontramos con el paso de los años es la continua transformación de un hombre en leyenda, una constante reinterpretación del mito del Cid Campeador. Y esa mitificación, para Alberto Montaner (2001), supone en sí misma una tradicionalización, es decir, la asunción del personaje como parte de la memoria conjunta que no necesita referente de un texto en particular para apelar a su conocimiento. Es importante tener en cuenta, sin embargo, que para que un personaje convertido en mito literario no resulte en una simplificación del propio personaje, este debe poseer ya unas características propias muy cercanas a ese mito. En el caso del Cid, por ejemplo, encontramos desde un primer momento a un héroe mesurado, algo muy inusual en el panorama medieval. El Cid presenta ese espíritu de frontera y unos valores de lealtad, solidaridad y esfuerzo personal. El Cid encarna la fuerza, la valentía, la fe, el ingenio y una elevada preparación intelectual, pues el propio Ibn Bassam escribía que, en presencia del Cid, se estudiaban libros y se leían hazañas de los antiguos héroes (Fletcher, 2001, p.113).

7. Discusión

A partir de los ejemplos cidianos que aparecen en el *Valerio de las historias escolásticas y de España* de Diego Rodríguez de Almela se ha observado cómo personajes destacados de la historia y cultura de España se ven modificados con el objetivo de adaptarse a unas necesidades concretas. Esta transformación es clara en los textos didáctico-morales de la época y de épocas muy posteriores, pero vemos como también experimentan modificaciones relevantes en los cantares o incluso en las propias crónicas historiográficas, en las que el elemento épico es introducido entre datos históricos. Convertirse en un héroe, en un modelo a imitar, no solamente se relaciona con las gestas llevadas a cabo, sino que está más relacionado con las características del personaje. Para ser tomado como ejemplo han de poseerse unas virtudes que sean capaces de llamar la atención del público. Una superioridad que se identifica siempre con el éxito. Nunca se duda del héroe.

Si bien, aunque hay virtudes consideradas como tal con el paso del tiempo, nuevas lecturas se van introduciendo en la interpretación de los héroes, pues su figura va adaptándose a los diferentes contextos. Lo que se cuenta y cómo se cuenta depende del tipo de texto ante el que nos encontramos. En los textos de carácter didáctico-moral del siglo xv representados aquí por el *Valerio*, se observa el poder de la oratoria en la conversión de amplios episodios cronísticos en *exempla*. Es importante la selección de los acontecimientos, pues muchos que no responden a los intereses del orador se omiten, como se ha visto en este trabajo en la figura del Cid, así como también qué virtudes y eventos se destacan por encima de otros. Siempre hay que tener en cuenta cuando se lee un texto de estas características que se está leyendo aquello que el orador quiere contar. Que los acontecimientos históricos que encontramos en estas obras están modificados para responder a unos intereses concretos.

En el caso del *Valerio* se ve claramente cómo algunos episodios de la vida del Cid se leen en relación con unas virtudes concretas, que van desde la religiosidad del primer episodio cidiano a la astucia, la fuerza, o la bondad entre otras. El caso es que, en una figura tan destacada y conocida como es el Cid, vemos muchas de estas transformaciones de la historia en los propios textos históricos, por lo que no sorprenden tanto los cambios que experimenta el personaje en este texto didáctico-moral. Se ha comprobado en el estudio del *Valerio* cómo se utilizan determinados episodios y eventos para ejemplificar virtudes concretas, se hace una reinterpretación de los actos llevados a cabo por el Cid, e incluso también de los que realmente no fueron vividos por el Cid, pues se escogen los episodios del *Cantar* como verídicos. Este tratamiento de los personajes lleva en ocasiones a duras críticas, encontramos aquí a Fletcher considerando «excéntrica» la versión cidiana de Menéndez Pidal en *La España del Cid*, obra a la que considera un tratado disfrazado de historia. Acusa Fletcher (2001, p. 17) la conexión innegable entre la historia y la leyenda para Menéndez Pidal, para quien dice que las hazañas del Cid de la historia eran tan intachables como los del Cid de la leyenda.

Cada autor y cada tiempo ha leído la figura del Cid y la de tantos otros héroes de manera diferente. El Cid es hijo de su tiempo, pero sus hazañas y sus virtudes han sido reinterpretadas hasta la saciedad haciéndolas coincidir con otros tiempos y momentos semejantes. El Cid, a pesar de su reactualización, no ha dejado nunca de ser el héroe nacional que puede admirarse y cuyas hazañas deben emularse. A pesar del cambio de circunstancias, el Cid por sus características personales ha sido siempre un modelo a imitar, una figura ejemplar. Y esta transformación del héroe en leyenda se mueve entre las líneas de las obras didáctico-morales cuya intención era educar a las altas clases sociales, de las que luego saldrían los príncipes y gobernantes.

8. Conclusiones

La historia desde tiempos inmemorables se ha interpretado y reinterpretado a gusto del escritor. En cada momento, siempre ha habido alguien que ha elegido la historia que prefería contar. Con el objetivo de dar autoridad a estos escritos, en muchas ocasiones se ha elevado a ciertos personajes, convertidos en héroes a los que emular. Este es un proceso peligroso, pues tiende a alejarse en ocasiones de los verdaderos acontecimientos históricos para dar relevancia a la épica de la historia, sin embargo, no cualquiera puede convertirse en un héroe por muy heroicas que sí sean sus hazañas. Un héroe debe tener unas características propias que le lleven a conectar con la gente y ser considerado un buen modelo al que imitar.

En este proceso juegan un papel fundamental los escritos didáctico-morales de las distintas épocas, que adaptan a estos héroes a las circunstancias de su tiempo y ponen en relevancia aquellos comportamientos y eventos que se consideran virtuosos desde su contexto político-social. El Cid, como tantos otros héroes medievales, ha sido tratado y retratado de manera muy distinta por críticos e historiadores en diferentes momentos de la historia. De él se ha destacado y alabado aquello que se ha considerado digno de un caballero cristiano, de un hombre virtuoso, de un héroe. En ocasiones se han introducido hazañas que realmente no tuvieron lugar, pero aparecieron en los cantares para añadir dramatismo a la historia y dar al Cid todavía más motivos para ser considerado un héroe al que imitar. En otras ocasiones lo que ha sucedido es que han caído en el olvido algunos eventos que sí fueron realizados por el Cid, pero que no se consideran dignos de un caballero cristiano de la época, como por ejemplo sus andanzas con el rey taifa de Zaragoza y sus batallas contra príncipes y reyes cristianos.

El *Valerio de las historias escolásticas y de España* de Rodríguez de Almela muestra esta transformación de la historia en enseñanza, del personaje histórico en héroe. A través de sus *exempla,* el Cid se convierte en un modelo

a imitar en ese momento histórico concreto, pues la figura cidiana se interpreta a través de los ojos del siglo xv. A lo largo de la historia los comportamientos considerados ejemplares han ido cambiando, y estos cambios se ven en los textos didáctico-morales de las diferentes épocas, pues en cada una de ellas la reinterpretación de la historia es diferente y se amolda a unas necesidades concretas. Lo que es innegable es que cada autor lleva a cabo un proceso de oratoria a través del que selecciona qué es exactamente lo que introducir en sus escritos. Cada autor elige la historia que se prefiere contar.

Referencias

Bibliografía primaria

Rodríguez de Almela, D. (1994). *Valerio de las estorias escolásticas e de España*, edición facsímil, ed. Juan Torres Fontes, Real Academia Alfonso x el Sabio.

Rodríguez de Almela, D. (1793). *Valerio de las estorias escolásticas e de España,* ed. Juan Antonio Moreno. https://acortar.link/yCZfAf

Valerio Máximo, (2014). *Facta et dicta memorabilia*, eds. Schnibes, Caballero de del Sastre, Tola y otros, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires.

Bibliografía secundaria

Alvar, C. (2002). El *Poema de mio Cid* y la tradición épica: breves comentarios, En *El Cid: de la materia épica a las crónicas caballerescas.* Servicio de publicaciones de la Universidad de Alcalá de Henares, pp. 9-21.

Alvar, M. (2001). El Cid personaje real, En *El Cid. Historia, literatura y leyenda*. G. Santoja (coord.). Sociedad Estatal España Nuevo Milenio.

Bizarri, H. (2019). *La otra mirada: El exemplum histórico*. LIT Verlag Romanistik.

Di Camillo, O. (2016). *El humanismo castellano en el siglo xv.* Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.https://www.cervantesvirtual.com/descargaPdf/el-humanismo-castellano-del-siglo-xv/

Fletcher, R. (2001). *El Cid*. Nerea.

G. Pattinson, D. (2002). El mio Cid del *Poema* y el de las crónicas: Evolución de un héroe. En *El Cid: de la materia épica a las crónicas caballerescas*. Servicio de publicaciones de la Universidad de Alcalá de Henares, pp. 23-27.

Lacarra, J. M. (1983). Ideales de la vida en la Edad Media del siglo xv: El caballero y el moro. *Aragón en la edad Media,* pp. 303-319.

Martínez Díez, G. (1999). *El Cid histórico. Un estudio exhaustivo sobre el verdadero Rodrigo Díaz de Vivar*. Planeta.

Martínez López-Morás, S. (2018). Las primeras lides cidianas en la *Crónica de Castilla*: algunas hipótesis. *Medioevo Romanzo.*

Menéndez Pidal, R. (1967). *La España del Cid*. Espasa Calpe.

Montaner Frutos, A. (2001). De don Rodrigo Díaz al Cid: el surgimiento de un mito literario. En *El Cid. Historia, literatura y leyenda*. G. Santoja (coord.). Sociedad Estatal España Nuevo Milenio.

Porrinas, D. (2019). *El Cid: historia y mito de un señor de la guerra.* Desperta Ferro.

Ronaldo Carrasco, M. (2006). *El exemplum como estrategia persuasiva en la rethorica christiana (1579) de fray Diego Valadés*, Red Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-12762000000200002

Von Moos, P. (1988). *Geschichte als Topik. Der rethorische Exemplum von der Antike zur Neuezeit und die, historiae' im Policraticus Johanns von Salisbury,* Georg Olms Verlag.

Anexos

Anexo I

Tabla de títulos

Edición de Toledo, 1541 (Ejemplar Viena)

Tabla.

Comiença la tabla de todos los titulos deste tractado / llamado Valerio delas hystorias escolasticas y de España / en que ay nueue libros / ⁊ son los siguientes.

Comiençan los titulos del primer libro.

Titulo primero de religiõ que quiere dezir seruicio ⁊ honor hecho a dios. fo. ij
Titulo segundo de religion ⁊ seruitud hecha a dios diuinal negligentemẽte guardada. fo. iij
Titulo tercero de señales / las quales siguẽ aquellos que se entienden en agueros / o palabras / o cosas vistas en cierta diposicion de tiempo. fo. v
Titulo quarto de prodigios: que quiere dezir cosa que acaesce sin ningun curso de natura. fo. vj
Titulo quinto delos sueños. fo. vij
Titulo sexto de milagros. fo. viij

Libro segundo.

Titulo primero delas costumbres y estatutos antiguos. fo. xij
Titulo segundo de discipina ⁊ corrupcion militar. fo. xiij
Titulo tercero del derecho del triumpho ⁊ victoria. fo. xv
Titulo quarto de censura / esto es correcion de costumbres. fo. xvij
Titulo. v. de magestad ⁊ honor. fo. xviij

Libro tercero.

Titulo primero de juuentud virtuosa / y de sus señales. fo. xix
Titulo segũdo de moral fortaleza. fo. xx
Titulo tercero de paciencia. fo. xxiij
Titulo quarto de aq̃llos que de baxo lugar fueron nacidos ⁊ fueron hechos excelentes claros ⁊ nobles. fo. xxiiij
Titulo quinto de aquellos que no parecieron ala excelencia ⁊ nobleza de sus predecessores. fo. xxv
Titulo. vj. de cõfiãça desi mismo. fo. xxvij

Libro quarto.

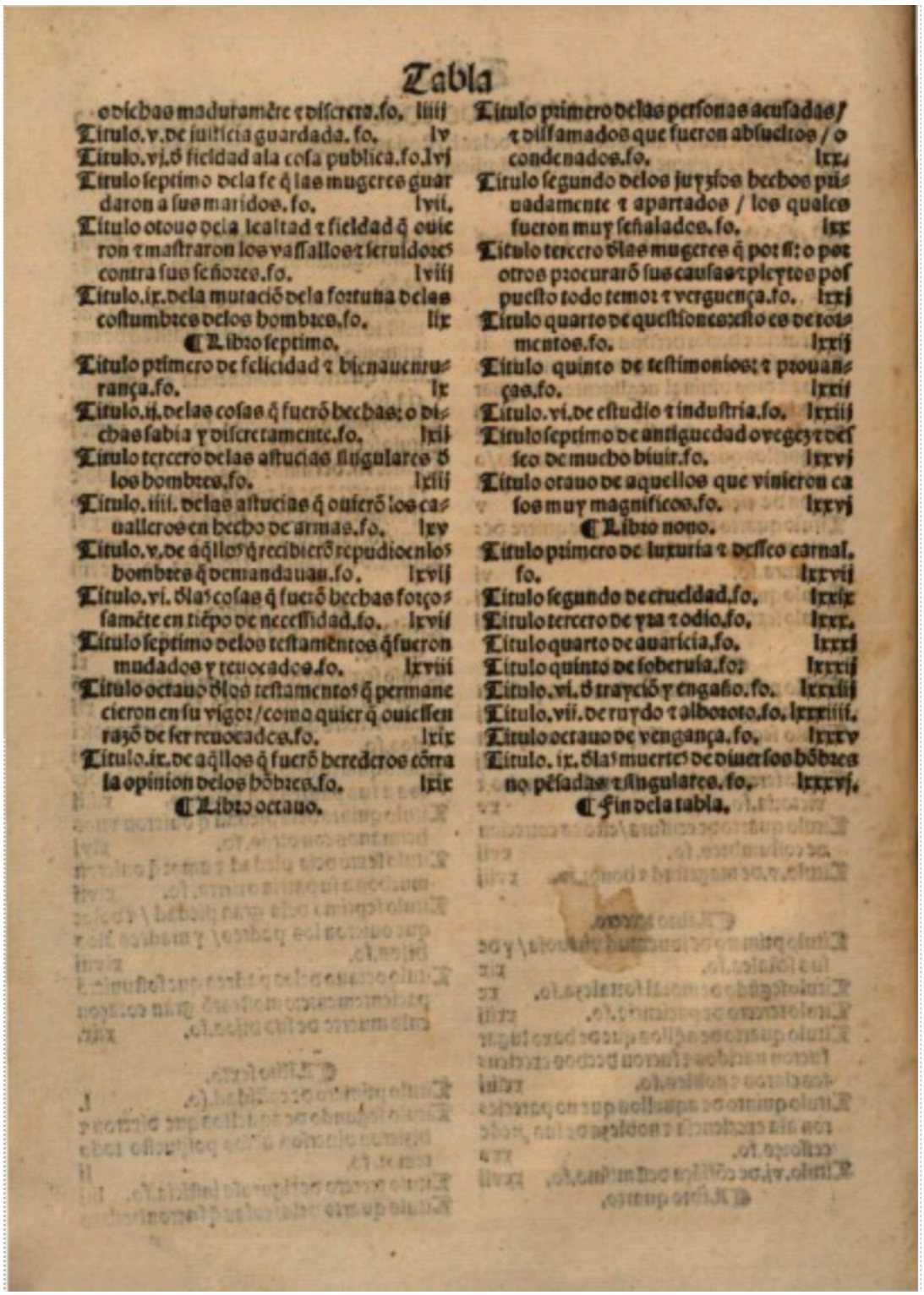
Titulo primero de costancia. fo. xxviij
Titulo segundo de moderacion ⁊ temperãça. fo. xxx
Titulo tercero de aquellos que de gran enemistad son conjuntos por amistad de matrimonio. fo. xxxj
Titulo quarto de abstinencia ⁊ continencia. fo. xxxij
Titulo quinto de pobreza. fo. xxxiiij
Titulo sexto de verguença. fo. xxxv
Titulo. vij. del amor q̃ es entre el marido ⁊ la muger: ⁊ de algunas cosas señaladas q̃ hizieron vnos por otros. fo. xxxvj
Titulo octauo de amistad. fo. xxxvij
Titu. ix. d̃ liberalidad ⁊ franq̃za. fo. xxxviij

Libro quinto.

Titulo primero dela clemencia ⁊ humanidad. fo. xl
Titulo segundo de aquellos q̃ reconocierõ los beneficios recebidos. fo. xlj
Titulo tercero delos ingratos ⁊ desconoscidos. fo. xlij
Titulo quarto dela piedad q̃ ouierõ los hijos a sus padres ⁊ madres. fo. xliiij
Titulo quinto dela piedad q̃ ouieron vnos hermanos con otros. fo. xlvj
Titulo sexto dela piedad ⁊ amor q̃ ouieron muchos a su patria o tierra. fo. xlvij
Titulo septimo dela gran piedad / ⁊ dolor que ouieron los padres / y madres alos hijos. fo. xlviij
Titulo octauo delos padres que sostuuierõ pacientemente: o mostrarõ gran coraçon enla muerte de sus hijos. fo. xlix.

Libro sexto.

Titulo primero de castidad. fo. l.
Titulo segundo de aquellos que dixeron ⁊ hizieron diuersos actos pospuesto todo temor. fo. lj
Titulo tercero de rigurosa justicia. fo. liij
Titulo quarto delas cosas q̃ fueron hechas



Tabla

o dichas maduramẽte ⁊ discreta. fo. liiij
Titulo. v. de justicia guardada. fo. lv
Titulo. vj. d̃ fieldad ala cosa publica. fo. lvj
Titulo septimo dela fe q̃ las mugeres guardaron a sus maridos. fo. lvii.
Titulo otouo dela lealtad ⁊ fieldad q̃ ouieron ⁊ mastraron los vassallos ⁊ seruidores contra sus señores. fo. lviij
Titulo. ix. dela mutaciõ dela fortuna delas costumbres delos hombres. fo. lix
¶ Libro septimo.
Titulo primero de felicidad ⁊ bienauenturança. fo. lx
Titulo. ij. delas cosas q̃ fuerõ hechas: o dichas sabia y discretamente. fo. lxij
Titulo tercero delas astucias singulares d̃ los hombres. fo. lxiij
Titulo. iiij. delas astucias q̃ ouierõ los caualleros en hecho de armas. fo. lxv
Titulo. v. de aq̃llos q̃ recibierõ repudio en los hombres q̃ demandauan. fo. lxvij
Titulo. vi. d̃las cosas q̃ fuerõ hechas forçosamẽte en tiẽpo de necessidad. fo. lxvij
Titulo septimo delos testamentos q̃ fueron mudados y reuocados. fo. lxviii
Titulo octauo d̃los testamentos q̃ permanecieron en su vigor / como quier q̃ ouiessen razõ de ser reuocados. fo. lxix
Titulo. ix. de aq̃llos q̃ fuerõ herederos cõtra la opinion delos hõbres. fo. lxix
¶ Libro octauo.
Titulo primero delas personas acusadas / ⁊ diffamados que fueron absueltos / o condenados. fo. lxx.
Titulo segundo delos juyzios hechos priuadamente ⁊ apartados / los quales fueron muy señalados. fo. lxx
Titulo tercero d̃las mugeres q̃ por si: o por otros procurarõ sus causas ⁊ pleytos pospuesto todo temor ⁊ verguença. fo. lxxj
Titulo quarto de questiones: esto es de tormentos. fo. lxxij
Titulo quinto de testimonios: ⁊ prouanças. fo. lxxij
Titulo. vi. de estudio ⁊ industria. fo. lxxiij
Titulo septimo de antiguedad o vegez ⁊ desseo de mucho biuir. fo. lxxvj
Titulo otauo de aquellos que vinieron casos muy magnificos. fo. lxxvj
¶ Libro nono.
Titulo primero de luxuria ⁊ desseo carnal. fo. lxxvij
Titulo segundo de crueldad. fo. lxxix
Titulo tercero de yra ⁊ odio. fo. lxxx.
Titulo quarto de auaricia. fo. lxxxj
Titulo quinto de soberuia. fo. lxxxij
Titulo. vi. d̃ trayciõ y engaño. fo. lxxxiij
Titulo. vij. de ruydo ⁊ alboroto. fo. lxxxiiij.
Titulo octauo de vengança. fo. lxxxv
Titulo. ix. d̃las muertes de diuersos hõbres no pẽsadas ⁊ singulares. fo. lxxxvj.
¶ Fin dela tabla.